

EL DERECHO A LA CIUDAD REVISITADO

La ciudad como organización física de la coexistencia

©[Artemio Baigorri](#)

Conferencia en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, noviembre 1995

Se me ha encomendado un difícil labor; nada menos que responder a una pregunta tan dramática como la siguiente: *'¿Por qué hay que salvar la ciudad?'*.

Sin duda desde la arquitectura, desde la dinámica de sistemas, la economía o la ecología la ciudad ha sido ya condenada.

Y ahora se pregunta al sociólogo: ¿pero acaso alguna utilidad social justifica la pervivencia de la ciudad?. ¿Acaso los urbanitas merecen ser rehabilitados, o deben ser renovados?. Como en aquel encargo de Yahvé a su profeta: *'¿pero acaso hay algún hombre justo?'*. Yo podría contestar sencillamente con unos versos de Walt Whitman, el poeta del hombre corriente y de la Naturaleza:

"¡Las formas más importantes surgen!

Las formas totales de la Democracia, el producto de siglos,

Formas que proyectan siempre otras formas,

Formas de las ciudades turbulentas y viriles,

Formas de los amigos y de los hombres hospitalarios del mundo entero,

Formas que vigorizan a la tierra y se unen indisolublemente con la tierra entera"

Este sencillo poema encierra todo lo que yo voy a exponer durante una hora. Es la mejor respuesta frente a los profetas del apocalipsis, que querrían reducir a cenizas las ciudades. Whitman recorrió los campos y ciudades de la América que se convulsionaba, que modificaba profundamente sus estructuras económicas y sociales, encaminándose hacia la sociedad industrial; que recibía sucesivas oleadas de gentes de allende los mares, encaminándose hacia el mosaico multicultural que es hoy; que desarrollaba el sistema más democrático entonces conocido, como descubrió Tocqueville; que se encaminaba en suma a convertirse en la primera potencia mundial. Y allí donde fue el poeta encontró

hombres y mujeres luchando por adaptarse a aquel mundo cambiante, esforzándose por construir un mundo nuevo. Percibió con extremada sensibilidad cómo esas ciudades, "*turbulentas y viriles*" (no creo haber leído nunca una descripción sociológica más rica, en tan sólo dos palabras, de la ciudad industrial), contenían no sólo ese "*bello producto de siglos*", la Democracia, y la capacidad de crecimiento permanente (las "*formas que proyectan otras formas*"), sino asimismo la hospitalidad hacia el extranjero, e incluso la capacidad de "*vigorizar la tierra*". Habrían de pasar casi cien años para que Jane Jacobs propusiese que en la ciudad está el origen, y aún la base actual, del desarrollo de la agricultura, y no al contrario. Y todavía hoy no termina de entenderse que la protección misma de la Naturaleza tiene su justificación -y su principal sostén- en las ciudades. Naturalmente, Walt Whitman observaba a las gentes, y no las teorías sobre la gente. Y describía la tierra de la eterna frontera, no el imperio omnipresente y esclerótico que hoy conocemos.

Los sociólogos, sin embargo, hacemos más caso de las teorías sobre la gente que de la gente misma. Y el mundo que hoy nos interesa seguramente tiene mucho de aquella América en construcción (o en reconstrucción, pues se estaba construyendo una nación sobre las ruinas de otros pueblos), pero es esencialmente otro, extremadamente más complejo y difícil de aprehender en unos sencillos versos. Estamos precisamente en un momento tan confuso, y de cambio tan acelerado, que los conceptos y teorías que expliquen nuestra relación con el espacio están por hacer, como están por nacer los poetas de la realidad virtual.

Por eso tan sólo voy a apuntar las que considero cuestiones fundamentales en torno a ese espacio físico de la coexistencia sobre cuya recuperación nos preguntamos. Sobre ello yo mismo me vengo interrogando desde hace tiempo; pero no tengo una respuesta que dar, sino como mucho la simiente de nuevas preguntas. Tal vez en el coloquio podamos responder entre todos a algunas de ellas.

1. La ciudad, cumbre del desarrollo social, tecnológico y moral de la especie

La ciudad es algo más, mucho más, que esos 500 millones de personas sin hogar que denunciaba recientemente el Informe Global sobre Asentamientos Urbanos de la ONU; mucho más que la especulación urbanística, el caos edificatorio, la neurosis o la violencia.

La ciudad es también la más compleja y grandiosa creación humana y es, posiblemente, el **artefacto** humano más antiguo y más adaptable a los cambios en el entorno. Posibilitó seguramente la aparición de la agricultura, al permitir la distribución de excedentes a una población que había dejado de recolectar sus propios alimentos. Tal vez inicialmente como un sistema de explotación de los campesinos por parte de los guerreros, pero también como un mecanismo de acumulación, centralización y redistribución de conocimientos e informaciones.

Una acumulación de conocimientos que se producía por su capacidad para acoger a gentes, culturas y saberes de lugares diversos y distantes. Y, sobre todo, por su capacidad para regular la convivencia entre formas de vida, creencias y colores de piel muy distintos entre sí.

Esas mismas características podemos observarlas en todas las grandes ciudades a lo largo de la historia, y podemos observarlas hoy mismo en nuestras ciudades, desde las metrópolis a las áreas agropolitanas menos compactas.

Durkheim⁽¹⁾ mostró cómo únicamente la densidad física y moral que se produce en las ciudades pudo posibilitar tanto la división del trabajo social, como la aparición de la que denominó la *solidaridad orgánica*, no basada en las semejanzas, sino en el derecho y las reglas objetivables, que son la base de la libertad. Esa densidad física y moral refuerza la dependencia mutua, pero a la vez acentúa las diferencias y la especialización, aumentando con ello la complejidad y el dinamismo de la estructura social, y en suma la capacidad tecnológica. Por supuesto que esa densidad también intensifica la lucha por la vida, y en suma la probabilidad de conflictos se acrecienta. Los procesos de diferenciación, división y especialización permiten, como apuntaba Durkheim, superar esas limitaciones, no desde luego por el camino de la felicidad. *"La mayor intensidad de la lucha implica nuevos y penosos esfuerzos que no son de naturaleza como para hacer más felices a los hombres (...): Tal es el motor del progreso (...). La división del trabajo es, pues, un resultado de la lucha por la vida; pero es una solución dulcificada"*. El éxito de la ciudad como producto social, durante al menos 8.000 años desde que hiciera su aparición entre el Tigris y el Eúfrates, ha consistido justamente en posibilitar esa contradicción y hacerla productiva, creativa. Como veremos más adelante, puede ponerse en duda si ello constituye efectivamente alguna especie de progreso; pero la realidad es que las gentes no han dejado de afluir a las ciudades, a lo largo de esos 8.000 años, en busca de mejores condiciones de vida, o de la mera supervivencia. Como lo siguen haciendo todavía hoy hacen millones de personas en todo el mundo, tanto en el Tercer Mundo como en los países más ricos del planeta⁽²⁾.

Por otra parte, esa acumulación de personas lo sigue siendo también hoy de inteligencias, lo que posibilita que la ciudad siga siendo la masa en la que cualquier levadura puede fermentar, tanto para crear obras de arte, como para desarrollar artefactos que hagan la vida de los hombres, si no más feliz, siquiera menos penosa. La ciudad no es sólo el espacio de lo que Marx denominaba *"el hampa de las grandes ciudades, esa podredumbre pasiva, esa hez de los más bajos fondos de la vieja sociedad"*⁽³⁾, sin duda más influido por la literatura de Dickens que por la realidad. Lo es, sin duda. Pero también es, al decir de Toynbee, la máxima expresión de las distintas civilizaciones, *"encarnando su conciencia corporativa en monumentos públicos"*⁽⁴⁾. Y es también, y en suma, el espacio de la libertad y, en ningún momento mejor utilizada la expresión, el espacio de la coexistencia.

2. La ciudad, espacio de libertad, imagen del Estado como garante de los débiles

Esta característica de la ciudad como otorgadora de libertades ha sido de siempre entrevista. De ahí que, también desde la más remota antigüedad, los reformadores apocalípticos hayan clamado contra las ciudades como centros de corrupción de las gentes. Max Weber supo mostrar con agudeza, desde la Sociología, la causa y raíz del carácter libre de las ciudades, al apuntar que el corazón, la última razón de ser, y el elemento más determinante de una ciudad, es el mercado, en suma el intercambio. Describía cómo *"el hecho de que la ciudad fuese un mercado, y permitiese por tanto ganar dinero en el comercio y la artesanía, decidía a numerosos señores a obtener provecho de sus esclavos y de sus siervos, no ya como fuerza de trabajo utilizada a su propio servicio o en una explotación agrícola, sino como inversión: los convertían en artesanos o en pequeños comerciantes y, a cambio de un tributo de servidumbre, los dejaban dedicarse a su actividad después de haberlos provisto eventualmente de lo que necesitaban (...). La posibilidad de la compra de su libertad estimulaba la actividad del pequeño burgués no libre"*⁽⁵⁾. De esta forma se hacía especialmente atractivo escapar de la servidumbre rural, y no es extraño que a finales de la Edad Media se hiciese popular una célebre expresión: *"El aire de la ciudad nos hace libres"*.

Ferdinand Tönnies, un sociólogo alemán poco conocido fuera de la disciplina, aportó algunas importantes claves al respecto. Proponía, a finales del siglo XIX, la existencia de dos formas básicas de agrupación social: la *comunidad*, basada en el afecto y la emoción, y que correspondería a las sociedades agrarias, y la *asociación*, basada en la instrumentalidad y la razón, que correspondería a las sociedades urbanas e industrializadas. La primera se basa en hábitos, en tareas regularmente repetidas, en la memoria y en la fe; la cooperación se deja llevar por la costumbre. Sin embargo, en la *asociación* es la ciencia y la razón la base de la interacción social; el intercambio se basa en la comparación y el cálculo, y la producción -ejemplarizada en la fábrica- en las normas regladas. La quintaesencia de la asociación serían el contrato y la ley, que alcanzan a cubrir *"hostilidades internas e intereses antagónicos"*⁽⁶⁾, particularmente en el marco de la urbe donde, según Tönnies, se manifiestan en su máximo esplendor las contradicciones entre capital y trabajo.

La base sobre la que todo esto es factible es el Estado, que sólo puede surgir con las ciudades, como una construcción social arquetípicamente urbana, es decir como producto de la razón. El Estado surge como instrumento de poder del príncipe urbano frente a los señores feudales, o rurales, pero también surge como instrumento de racionalización de las relaciones sociales. No importa aquí tanto si se trata de la libre asociación, como Locke proponía, para la ayuda mutua, o bien de la lectura más realista de Hobbes, que habla de cesión de derechos con el fin de contar con una protección superior frente a los poderosos. Lo cierto es que, como apuntó Hermann Heller, *"el aumento de la interdependencia y del intercambio, consecuencia de la creciente división del trabajo, hizo más necesaria una ordenación normativa social establecida de modo consciente y según un plan y, que, en lo posible, sea previsible en su ejecu-*

ción. Sólo en la época de la economía de cambio muy avanzada le fue posible a la jerarquía del Estado organizar un orden normativo semejante"⁽⁷⁾.

En suma, en la ciudad encuentran los menesterosos, que desde su mismo origen afluyen a ella incesantemente, tanto una mejor forma de vida, o al menos la mera supervivencia, como la protección del Estado frente a los abusos de los poderosos. Sólo a través de la urbanización el Estado ha podido extenderse a todos los rincones. La urbanización es, para bien o para mal, una estatificación. Cuando uno piensa en las guerras carlistas, que ensangrentaron España durante casi un siglo, justo mientras se construía el nuevo Estado burgués y urbano, en estos términos, es más fácil comprenderlas como el enfrentamiento de los espacios rurales, comunitarios pero a la vez feudalizados, frente al avance del Estado, centralista y contractual, y de la urbanización que los caciques y patriarcas rurales hallaban corrupta por democrática.

3. Crítica de la crítica a la gran ciudad. Contra la *deep ecology* y el territorialismo.

Es en ese ambiente en el que se gesta la crítica a la gran ciudad, una crítica que siempre ha estado vinculada a la defensa de una ruralidad que, sin embargo, sólo se manifestaba en términos de Arcadia para las clases dominantes rurales, o para quienes desde la comodidad de la propia ciudad oteaban un horizonte de supuestas aventuras y fiestas pastoriles. Al contrario de lo que ocurre en el pensamiento asiático⁽⁸⁾, el pensamiento occidental se ha desarrollado en el ambiente cálido del enfrentamiento campo-ciudad, rural-urbano. Desde las *Confesiones* de Rousseau a la *ecología profunda* tan sólo hay un puente, que cruza sobre el abismo del fascismo, abierto por Spengler y su consideración de la sociedad urbana como moribundía de la civilización. Las llamadas de los ideólogos de *la tierra* contra el desarraigo del progreso se sucedieron, particularmente en la Alemania pre-nazi⁽⁹⁾, pero también en otros muchos ámbitos se pretendía guardar, como hacía el geógrafo G.Roupnel en 1932, "*la armonía universal de toda esta sonriente campiña*".

No vamos a detenernos en ello, pero sí quisiera hacer siquiera perspectiva a los erróneos planteamientos del paradigma ecológico mal entendido, que apunta en el balance negativo de la civilización urbana todos los males que hoy aquejan a la Naturaleza, cuando la naturaleza que conocemos no es sino una artificiosidad no menos antinatural que los parques y jardines urbanos. Y es desde la ciudad, desde la razón y el derecho urbanos, desde donde actualmente se está haciendo más por la conservación de la Naturaleza.

Por supuesto, con esta creciente prevención que me embarga hacia ciertas variantes del programa ecologista, no me sitúo en absoluto en la crítica tecnocrática de Castells a la toma de conciencia ecologista sobre los problemas medioambientales. Del mismo modo que se han mostrado poco acertadas desde sus teorías sobre conflictividad urbana y lucha de clases, a su propuesta-bluff de tecnópolis sevillana⁽¹⁰⁾, no es menos absurda su propuesta de que las ciu-

dades para seguir creciendo deben dejar de lado las cuestiones ambientales⁽¹¹⁾ -cuando empíricamente se observa que las ciudades que mayor preocupación han mostrado por estas cuestiones son las que más crecen cualitativa y cuantitativamente-.

4. La urbe global, o la dispersión tecnológica/virtual de la ciudad (las metrópolis como centralidades)

Y sin embargo, la oposición campo/ciudad que se manifiesta a través de la crítica de la ciudad ha perdido hoy todo su sentido. El proceso de urbanización dejó de ser hace mucho tiempo un mero proceso cuantitativo, de mera acumulación demográfica en torno a una acumulación de recursos, para pasar a ser un proceso de carácter cualitativo. Si los sociólogos han hablado de *la urbanización como modo de vida*, es porque ya no puede verse en términos de acumulación demográfica, exclusivamente, sino en cuanto extensión de estilos culturales, de modos de vida y de interacción social. Es decir, **lo urbano ya no está únicamente en las ciudades**. Cuando hemos hablado de *la urbanización del mundo campesino*⁽¹²⁾ siguiendo en parte las primeras tesis de Lefebvre, queríamos expresar ese proceso que entonces se veía como colonización cultural, por el que las denominadas zonas rurales adquieren los modos de vida considerados urbanos, la tecnología de las ciudades, y que no es en realidad sino la extensión del núcleo civilizatorio -capitalista e industrial durante los siglos XIX y XX- a la totalidad del territorio social.

¿Queremos decir con todo esto que *lo rural* no existe?. Faltan, obviamente, datos empíricos para una afirmación semejante, aunque sí creo factible defender la inutilidad de la separación epistemológica entre lo rural y lo urbano. Si las tesis sobre las que vengo trabajando son acertadas, *lo rural* serían apenas algunos intersticios, fuera de la marcha de la civilización, que quedarían entre lo que denomino la urbe global. Información, cultura, poder de decisión, son los elementos claves en este proceso de urbanización.

Posiblemente una clave para entender mejor estos procesos la encontremos en las comunicaciones, como corresponde a la sociedad de la información que ha sustituido a la sociedad industrial. McLuhan apuntaba hace treinta años hacia la conformación del planeta en una especie de aldea global, sobre la base tecnológica del "*poder descentralizador que el ordenador tiene para eliminar ciudades y todas las demás concentraciones de población*"⁽¹³⁾

Efectivamente, hemos podido observar en Europa, y particularmente en España, de qué forma una infraestructura de comunicaciones, la autopista, provocaba profundos cambios socioeconómicos en muchas áreas rurales, del mismo que antes los produjo el ferrocarril. Las redes telemáticas están haciendo el resto. El proceso no ha llevado a una aldea global, en el sentido tribal que McLuhan pretendía descubrir⁽¹⁴⁾, sino más bien -desde una perspectiva civilizatoria y positivista- a una ciudad global, a esa **urbe global** a que hacía referencia: un contínuum inacabable en el que se suceden espacios con formas y fun-

ciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, pero que en su totalidad participan de una u otra forma de la civilización y la cultura urbanas. **Sólo en la medida en que un espacio se halle incomunicado podrá hablarse de cierta carga -de intensidad variable- de ruralidad.**

Todo lo cual no está en contradicción, desde luego, con la crisis de las grandes ciudades, por cuanto la urbe ya no necesita, con las nuevas redes comunicacionales, de la concentración. Observándose una fuerte tendencia "*hacia la dispersión/fragmentación de los territorios urbanos*"⁽¹⁵⁾, o lo que se ha denominado la '*glocalización*', como proceso de cohesión entre la economía global y la economía local. Son estos fenómenos de dispersión, fragmentación, glocalización, los que permiten explicar la ya efectiva urbanización de todos los espacios sociales. Y, en este marco, ciertamente, la ruralidad se correspondería con esos territorios peor comunicados, coincidentes a su vez con los más deprimidos económicamente, en el caso español apenas dos millones de habitantes. Posiblemente esos dos millones de personas constituyen, en la actualidad, el espacio social rural en España, aunque en realidad a ellos habría que añadir algunos millones más de *rurales* que, aunque insertos espacialmente en la urbe global, como inmigrantes marginados, no han sido asimilados todavía por la cultura urbana.

Del mismo modo, el propio concepto de gran ciudad, de metrópolis, deja de tener sentido. La urbe global hace que el hinterland metropolitano de Nueva York pueda incluir a Roma, Londres o Tokyo, o viceversa. O que el hinterland de Madrid incluya Benidorm y Marbella.

En este sentido, podría decirse que **la ciudad ya no existe como espacio físico**. Utilizamos el concepto de global no en referencia a su tamaño -como se plantea en los conceptos de urbe, metrópolis, ciudades-mundo o megalópolis-, sino más bien para designar el proceso, insisto en ello, por el que los aspectos físicos y morales de la ciudad se extienden a todos los rincones del universo, civiizándolo. La *sociedad urbana*, propuesta por el gran sociólogo y urbanista francés Henri Lefebvre como realidad virtual, ya ha fraguado⁽¹⁶⁾, formalmente, en el mismo marco de realidad virtual en que la ubicó, al proponer que "*lo urbano viene a ser un continente que se acaba de descubrir y cuya exploración se lleva a cabo edificándolo*". ¿Podría definirse mejor, anticipándose en el tiempo, el concepto de espacio virtual de relación, la máxima expresión actual de la coexistencia, que es la red Internet?

En este marco, ¿tiene sentido hablar de centralidades?. Sin duda, aunque la propia centralidad es asimismo virtual; no se corresponde con un espacio físico, un barrio, una manzana de oro, ni siquiera una sede gubernamental. La centralidad es únicamente un proceso de interrelación telemática entre protocentralidades diversas ubicadas en espacios físicos distantes entre sí. Y, del mismo modo que en los tiempos de la urbe local los ciudadanos, los habitantes de la urbe, tenían la posibilidad de acercarse a la centralidad, a los espacios físicos del poder, económico, político o cultural, en la urbe global todos cuantos participan de la cultura urbana y forman parte de la red virtual tienen acceso en tiempo real a las centralidades, sin tener que desplazarse más de lo que tendría que hacerlo un ciudadano de la periferia de las ya extintas metrópolis.

El problema analítico mayor es que nos faltan todavía conceptos para denominar estas nuevas categorías funcionales, por lo que debemos seguir utilizando todavía los conceptos caducos de ciudad, urbe, metrópolis, campo, etc.

5. La necesidad de recuperar la URBANIDAD. Los modelos exitosos están en la propia ciudad burguesa

¿Qué podemos, por tanto, plantearnos rehabilitar, al pensar en las centralidades metropolitanas? ¿En qué pensamos al hablar de rehabilitación, es decir de adaptación funcional a las nuevas necesidades? ¿Cómo podemos entender aquí la coexistencia?

Bien, si la rehabilitación se basa en la utilización de viejos materiales y antiguos continentes, para nuevos contenidos, creo que la clave está en la reconstrucción y desarrollo de lo que hizo posible la coexistencia en la ciudad burguesa: el contrato, la norma y el Estado. Ello hará posible el sentar las bases de una *nueva urbanidad* en la sociedad informacional: la defensa y asunción de una cultura de la res-pública común, como único bastión de la coexistencia intercultural. Es decir, de unos valores universales, basados en la razón y no en sistema alguno de creencias, culturas étnicas, almas del pueblo o religiones.

Por lo demás, el espacio de la coexistencia es el mismo de siempre: el trabajo, la producción, las mercancías. Materiales o culturales. Bienes de consumo o información y conocimiento. Pues no otra cosa es la coexistencia que el libre acceso, en igualdad de condiciones, al trabajo, a los medios de producción, a las mercancías, el saber y la riqueza.

Los conflictos están, siguen ahí, en absoluto hemos llegado al fin de la historia. En mi opinión, la polarización se basa nuevamente en el esquema más clásico, esto es en la saintsimoniana división entre poseedores y productores. Naturalmente el concepto de posesión, cuyo desarrollo nos conduce ineludiblemente a la necesidad de definición de un *bloque dominante*, va más allá del análisis marxista sobre la propiedad de los medios de producción⁽¹⁷⁾ (aunque la propiedad constituye todavía un elemento clave para la ubicación de ciertas clases y estratos sociales), yendo más bien en la dirección de las tesis de Dahrendorf sobre el Poder y su concepto de *titularidades*⁽¹⁸⁾.

Entre ambos polos tenemos un espacio que se ensancha o se estrecha según sean las circunstancias sociales, por influencia generalmente de cambios a menudo imprevistos derivados del impacto de nuevas tecnologías, cambios ecológicos, o acontecimientos provocados por esferas que, aunque interrelacionadas en cierto modo con las infraestructura tecno-económico-ecológica, poseen autonomía propia: como la política, la religión, la cultura y la etnicidad, etc. Ese espacio intermedio correspondería a las clases medias, que pueden funcionar en un momento dado como colchón en los conflictos entre clases dominantes y clases productoras, o como aliados respectivos de unas y otras; e incluso en ciertos momentos -de máxima polarización y riesgo de conflicto

violento entre los dos polos- seguramente como clase hegemónica, atribuyéndose entonces la dirección de su acción a los estratos burocrático-estatales de la misma.

La emergencia de un nuevo modo de producción, el imperceptible paso de la sociedad industrial a la sociedad de la información⁽¹⁹⁾, ha supuesto modificaciones profundas en la estructura de clases, reagrupaciones y fraccionamientos.

Así, resulta a todas luces evidente el proceso de segregación de la clase de los *managers*, o administradores, quienes de constituir una pequeña fracción, dependiente de la burguesía industrial, está intentando convertirse, desde mediados del siglo XX y en todos los países avanzados -gracias a su importancia funcional-, en clase hegemónica, tal como en su momento hizo la burguesía respecto de la aristocracia.

Y por otro lado no es menos evidente la consolidación de un nuevo proletariado en unos términos tan fuertes como ni siquiera los marxistas han sabido detectar. La permanente confusión entre proletariado y clase obrera industrial ha facilitado esta incapacidad de lectura. Hallamos ahora un proletariado que produce bienes materiales, y un proletariado que produce información. En ambos casos se da la misma alienación entre productor y producto; la misma marginación respecto de la propiedad de los medios de producción (aunque insisto en aceptar la tesis de Dahrendorf de que la propiedad ha dejado de ser un elemento fundamental), y sobre todo respecto del poder social que produce la ideología dominante, y respecto del poder político que asigna los recursos entre los distintos intereses en conflicto. Hallamos, en fin, un nuevo sector, que en modo alguno responde a la tipología del lumpenproletariado, de características muy variopintas, en el que en la actualidad se dan las mayores dificultades de *integración*: inmigrantes, parados de larga duración, jornaleros, pequeños agricultores empobrecidos...⁽²⁰⁾

Harán falta varios decenios, sin embargo, antes de que todas estas transformaciones cuajen en una estructura dicotómica definida, de perfiles claramente delimitados, como la que Saint Simon o Marx (e incluso Talcott Parsons, en un sentido distinto) pudieron observar. Antes de ello no podremos estar seguros, por ejemplo, de quién juega el papel de clase incapaz de integrarse a la sociedad y a la que se supone quiere destruir. Podría serlo tanto ese sector *periférico* al sistema, pero también podría llegar a serlo el *proletariado informacional*, mientras que el proletariado industrial se disgrega entre la integración (capas altas de especialistas con trabajo fijo) y la lumpenproletarización de los más desvalidos.

Una teoría del conflicto y un análisis de las luchas de clases, si partimos de la tesis de su presencia, deberá buscar si en las sociedades avanzadas la polarización dicotómica que conduce a lo que Mao Tse-Tung denominaba '*contradicción principal*'.

Y no menor importancia tendrá el ver si hallamos también esas contradicciones secundarias determinadas e influidas por la contradicción principal, tan despreciadas por el análisis marxista, pero tan importantes en el análisis gradualista y

funcional de la estratificación, hasta el punto de determinar las alianzas de clase y los cambios sociales de carácter revolucionario⁽²¹⁾.

Naturalmente, si la estructura presenta clases de intereses contrapuestos⁽²²⁾, se producirá una práctica de enfrentamiento, generalmente traducido en acciones políticas.

La *contradicción principal* es en mi opinión principalmente de orden político, como ya lo era en la Grecia de Aristóteles entre esclavos y libertos, aunque evidentemente tenga una clara interrelación económica. A mi modo de ver la contradicción estriba en la existencia de medios técnicos y culturales que permitirían un *reparto* del Poder político, o lo que es lo mismo una democracia más participativa, más directa -determinando en último término, no debemos olvidarlo, una democracia económica-, mientras que hallamos frente a ello el mantenimiento de estructuras políticas que imposibilitan dicha difusión de Poder. Como lo ha expresado con suma claridad Norberto Bobbio, "*en la sociedad capitalista avanzada, donde el poder económico se halla cada vez más concentrado, la democracia, pese al sufragio universal, la formación de los partidos de masa y un grado bastante elevado de movilización política, no ha conseguido mantener sus promesas, que eran, sobre todo, de tres órdenes: participación (o bien concurso colectivo, y generalizado, aunque indirecto, en la toma de decisiones válidas para toda la comunidad), control desde abajo (a base del principio de que todo poder no controlado tiende al abuso) y libertad de disenso*"⁽²³⁾.

Obviamente, para los marxistas la interpretación es muy distinta, por ser secundaria la esfera política. En una sociedad internacionalizada la contradicción esencial es el conflicto Norte-Sur. Para otros la contradicción esencial será la oposición Hombre-Naturaleza, y aún quedan quienes siguen considerando la oposición Campo-Ciudad como esencial. Pero todas son difíciles, cuando no imposibles de engarzar en una estructura de clases sociales, aunque hayan abundado los intentos teóricos al respecto.

En cualquier caso, creo que los niveles de integración post-industriales que todavía conserva la sociedad informacional emergente⁽²⁴⁾, impiden la manifestación de una contradicción principal manifiesta. Habrá que esperar sin duda un momento de crisis económica real y profunda -no como las pequeñas recesiones que estamos atravesando, y que sólo afectan todavía a los sectores más marginales de la sociedad- para que ésta se manifieste.

Todas estas transformaciones se manifiestan asimismo en la aparición de nuevos actores colectivos, que representan los intereses tanto de las nuevas clases como de los diferentes grupos de estatus, y que juegan justamente en la ciudad su papel.

A las clases y grupos de estatus que simbolizan esa contradicción básica entre poseedores y productores, y al sistema de partidos, se añaden los que se denominan, inapropiadamente, '*movimientos sociales en el ámbito de la sociedad civil*', concepto que recoge el modelo desarrollado por Claus Offe⁽²⁵⁾.

La mayoría de los denominados nuevos movimientos sociales persiguen demandas que combinan bienes e intereses particulares y materiales concretos tradicionales (conflictos urbanos por remodelaciones de centros urbanos, conflictos en general por la exclusión...), junto con otro tipo de bienes no particulares aunque tampoco colectivos (como los propios de un género), así como con bienes colectivos para el conjunto de la humanidad que no son asimilables, por otro lado, a bienes materiales cuantificables y utilizables por los demandantes (como es el equilibrio ambiental, la paz internacional, la cooperación al desarrollo...). Es el conflicto, en suma, por *inmateriales* que, además, son *inconmensurables*, frente a los cuales las clases sociales y grupos de status pueden adoptar posiciones incluso contradictorias, siendo por ahora el campo más paradigmático en este sentido el del medio ambiente⁽²⁶⁾.

Estos nuevos protagonistas del conflicto social han de definir los términos en los que hoy debe plantearse el *derecho a la ciudad*. Decía Lefebvre que este derecho camina lentamente, "a través de sorprendentes rodeos (la nostalgia, el turismo, el retorno hacia el corazón de la ciudad tradicional, la llamada de centralidades existentes o nuevamente elaboradas). La reivindicación de la naturaleza, el el deseo de gozar de ella, desvían el derecho a la ciudad (...) aunque sin conseguir eludirlo. El derecho a la ciudad no puede concebirse (tampoco) como un simple derecho de visita o retorno hacia las ciudades tradicionales. Sólo puede formularse como derecho a la vida urbana, transformada, renovada".⁽²⁷⁾ Es una tesis plenamente compartible en la actualidad, aunque no creo en modo alguno en su corolario, por el cual la clase obrera, el proletariado, habría de ser el "agente, vehículo o apoyo social de esta realización"

En fin, como decía el propio Lefebvre, vamos a ir descubriendo este nuevo continente a medida que lo construimos.

NOTAS

1. Emile Durkheim, *La división del trabajo social*, Planeta-Agostini, 1993 (también en Akal, 1982). La edición original es de 1893.
2. Y sigue siendo por la vía de la división del trabajo, y de la especialización productiva, por la que que esas gentes que afluyen a las ciudades encuentran un nicho en el que sobrevivir.
3. Karl Marx, *El manifiesto comunista*, Ediciones Ibéricas, Madrid, 1971 (la edición original es de 1847)
4. Arnold J. Toynbee, *Ciudades de destino*, Sarpe, 1985
5. Max Weber, *La ciudad*, La Piqueta, 1987 (edición original de 1921)
6. Ferdinand Tönnies, *Comunidad y asociación*, Península, 1979 (edición original de 1887)
7. Hermann Heller, *Teoría del Estado*, Fondo de Cultura Económica, 1961 (edición original de 1934)
8. En Robert Nisbet, *La sociología como forma de arte*, Espasa-Calpe, 1979

9. Ver algunas buenas muestras recogidas en Luc Ferry, *El nuevo orden ecológico*, Tusquets, 1993
10. M.Castells y P.Hall, *Tecnópolis del mundo*, Alianza, 1994
- 11.
12. Por ejemplo en M.Gaviria, 'La dependencia de los agricultores', **Cuadernos para el diálogo**, extra XLV, 1975; A.Baigorri, 'Retrato de un colonizado', **Bicicleta**, 20/21, 1980; A.Baigorri, 'La urbanización del mundo campesino', **Documentación social**, 51, 1983.
13. Marshall Mc Luhan, *Guerra y paz en la aldea global*, Planeta, 1985 (la edición original es de 1968)
14. Tengamos en cuenta que la obra de Mc Luhan se desarrolla en el marco del primer gran pavor ante la irrupción de las tecnologías de la comunicación. Siguiendo los modelos de Mc Luhan se hablaría luego -en los años '70 y fundamentalmente desde Italia- de una *Nueva Edad Media*.
15. Ramón López de Lucio, 'La tendencia hacia la dispersión/fragmentación de los territorios urbanos', **Economía y Sociedad**, 12, 1995
16. Henri Lefebvre, *La revolución urbana*, Alianza, 1972 (edición original de 1970)
17. No utilizo el término **bloque** en el sentido marxista gramsciano, sino en base a la consideración *weberiana*, sobre la dificultad de hablar de **clases** en el nuevo modo de producción emergente, no capitalista. El **bloque** integraría en un nivel de dominio, hegemonía o élite -la denominación me resulta indiferente, es en cualquier caso una **alianza**- a las clases dominantes del modo de producción industrial y a los sectores de élite que dominan el nuevo modo informacional emergente.
18. Ralf Dahrendorf, *El conflicto social moderno*, Mondadori, 1990
19. A la espera de una denominación aceptada para ese nuevo modo de producción emergente, esa nueva estructura social, que en los años '70 recordaba a los sorprendidos investigadores *una nueva edad media* (R.Vacca, U.Eco...), y que en los años '80 ha sido denominada a menudo -erróneamente- *sociedad dual*, opto por denominarla, de forma instrumental, **modo de producción planetario**, pues sin duda el elemento más destacable y más tempranamente detectado ha sido la total interrelación de los sistemas locales en una red (*networking*) mundial.
20. El sector que en la manipuladora -y sobre todo manipulada- teoría de la *sociedad dual* quedaría fuera del mercado.
21. Entiendo aquí el término revolucionario no en el sentido político, de cambio violento, sino en el sentido civilizatorio, en tanto cambio profundo estructural, por la que una clase -o grupo de clases- adquiere la hegemonía social y económica -y en consecuencia política-, a consecuencia tanto de un cambio político de carácter revolucionario como de una fractura o cambio radical ecológico o tecnológico. Así, el poder de los *managers* no se ha debido a un cambio revolucionario de carácter político, sino esencialmente de carácter tecnológico (fundamentalmente organizacional).
22. Y, desde luego, en una perspectiva hobbesiana, **todas** las clases tendrían entre sí intereses contrapuestos, al igual que entre los individuos se encontraba el todos contra todos en el Estado de Naturaleza. Posiblemente, desde esta perspectiva, el Estado de Naturaleza se abandonaría a través de la sumisión de unas clases a la dominante, mediante la coacción. Es sin duda la elaboración teórica utilizada más a menudo en las dictaduras políticas que han pretendido imponerse a un supuesto caos social provocado por la agudización de las luchas de clases.

23. Norberto Bobbio, *¿Qué socialismo?*, Plaza y Janés, 1986

24. Derivada, posiblemente, de la alianza entre los *managers* -por utilizar una terminología ya clásica, que se correspondería hoy con los detentadores del conocimiento y la información- y el capital financiero. Aunque, si atendemos al caso español, podemos detectar ya ciertas rupturas en esta alianza, como las que en el plano público se manifiestan en grandes escándalos administrativo-financieros. La cadena que se inicia en Ruiz Mateos y -por ahora- termina en Conde, y que conlleva agrupamientos y reagrupamientos que se plasman en lo político, pienso que tiene, en este sentido, una lógica estructural que está por desvelar más allá de lo anecdótico.

25. Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, 1988

26. Artemio Baigorri, 'Ecología política y lucha de clases', **Alfalfa**, 1978

27. Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Península, 1969
